



Del gabinete al barr(i)o: modos (otros) de investigar la “producción” cultural



*Matías Farías y María Iribarren**

Palabras clave: cartografía - cultura viva comunitaria - educación popular - Sofovial
- Culebrón Timbal

Punto de partida

En 2017, un grupo de docentes y estudiantes de las tecnicaturas en Producción de Medios Audiovisuales y en Producción y Diseño de Videojuegos presentamos el proyecto de investigación “Cartografía socioeconómica de la cultura en el NO del conurbano bonaerense”. Entre los objetivos que nos proponíamos, destacamos los de “construir diversos indicadores, así como establecer regularidades y anomalías, a fin de determinar la incidencia del sector en la economía y el empleo regionales, entre otras variables; propiciar la coordinación entre el ámbito académico y las organizaciones referenciales de la cultura territorial, abriendo la posibilidad de establecer convenios de intercambio entre ellos y la UNPAZ; e impulsar el trabajo interdisciplinario al interior de la UNPAZ, a través de la conformación de equipos con docentes de la Licenciatura de Administración, la Tecnicatura en producción de Medios Audiovisuales, la Tecnicatura en gestión y producción de Videojuegos y el CEPA (Centro de Producción Audiovisual)”.

* Docentes de las Tecnicaturas en Industrias Culturales.



Hay que señalar que el NO del Conurbano Bonaerense es un territorio en el que conviven comunidades originarias nacionales y migrantes (en especial, provenientes de países limítrofes y otros latinoamericanos, aunque también de Europa y, en los últimos años, de África), lo que le confiere una diversidad singular de tradiciones, costumbres y lenguajes. Al mismo tiempo y en contraste con esta riqueza cultural, esta región del conurbano está atravesada por asimetrías profundas, acrecentadas en el último período por la coyuntura económica nacional y la degradación de la política pública.

Cuando diseñamos el proyecto, ya sabíamos que “el cuarto cordón del NO del conurbano bonaerense presenta un alto potencial productivo en el sector cultural. Así lo demostraban algunas experiencias emblemáticas, enraizadas en la comunidad, como son la del colectivo El Culebrón Timbal (Cuartel V, Moreno), la radio comunitaria FM Tinkunaco 107.3 (Barrio San Atilio, José C. Paz), o la editorial independiente y distribuidora de libros Cantamañanas (San Miguel)”. Sin embargo, cuando comenzamos a debatir con estos y otrxs productorxs las condiciones de su emergencia, los proyectos iniciales que les dieron lugar, las movidas fundantes de un tejido comunitario que mantiene su estado de movilización hasta el día de hoy, nos dimos cuenta de que era necesario desviarnos del camino original.

La cartografía

Un denominador común emparentaba las experiencias más allá de sus particularidades: la perentoriedad de desarrollar estrategias de todo tipo a fin de contener el desbarranque de familias, de mujeres, de jóvenes, de niñxs. La voluntad de procurar la visibilización de esas circunstancias. El ánimo de intervención en la reconstrucción del tejido social y los lazos de solidaridad entre barrios y vecinxs.

Esto sucedía (sucedió) a fines de la década de 1980: la acción política en el NO del Conurbano Bonaerense jugaba herramientas y actorxs nuevxs, después de los años de plomo durante la última



dictadura cívico-militar. Las comunidades, los territorios, empezaron a recuperar el protagonismo social y el espacio público como arena de expresión popular. Así surgieron Sofovial y Culebrón Timbal, por ejemplo, dos colectivos capitales en la configuración de una identidad visual y una matriz comunicacional alternativa a la de los medios hegemónicos.

Mutual Primavera y FM Tinkunaco, en cambio, fueron emergentes de la devastación económica y el quebranto social que dejó el menemismo al final de la década de 1990 y comienzos del siglo XXI.

Un rol similar al que hoy le toca jugar a Red El Encuentro en el terreno de la educación popular y comunitaria: compensar la ausencia del Estado, fortaleciendo los espacios de educación “no formal” para sostener la escolarización básica de lxs pibxs de los barrios.

¿Era factible, relevante incluso, medir la producción cultural de estas regiones, en términos exclusivamente cuantitativos? Lxs productores y nosotrxs mismxs entendimos que no. Que la experiencia que se nos presentaba se sostenía en otras variables: la conciencia de comunidad y de bien común, la utopía de transformar las condiciones de existencia, la realización artística y cultural como expresión epocal, ética y estética de un pueblo que quiere ser.

De este modo, después de algunos meses y encuentros caracterizados por la tensión y el debate, arribamos a las primeras conclusiones: un mapa físico no es lo mismo que una cartografía. El mapa físico releva localizaciones o puntos en el espacio. Distribuye alfileres de colores en un catastro imaginario.

En cambio, una cartografía pone en primer plano las formas en que lxs distintxs actores habitan ese espacio y le confieren sentido. Sobre todo, la cartografía hace evidente las tensiones de esa disputa incesante que congrega subjetividades, expectativas, tradiciones, cuerpos más o menos contemporáneos, saberes, malestares.



Mientras que el mapa resulta una abstracción descriptiva, la cartografía materializa (actualiza) esa teoría en práctica política. Es decir, la cartografía permite dar cuenta del acontecimiento: esa dimensión en la que los cuerpos (las comunidades) intervienen lo real (sus condiciones de existencia y expresión) y producen una transformación (una cultura).

Cultura viva

En términos prácticos, relevamos espacios (alrededor de doscientos) en los que se producen o distribuyen objetos, propuestas, experiencias culturales. Confeccionamos un segundo modelo de entrevista que, además de resultar más preciso para calibrar la dinámica cultural de la región, constituyó en sí mismo un hecho cultural comunitario, puesto que fue ideado en diálogo permanente con las organizaciones culturales del territorio. Revisamos el marco teórico desde una perspectiva que encuentra indisoluble la investigación en este terreno de la conversación con el otro.

Aprendimos y enseñamos a nuestrxs estudiantes que no hay proyecto de investigación en el campo de las ciencias sociales que no suponga (imponga) derivas.

Aprendimos y enseñamos a nuestrxs estudiantes que, en la cuantificación de la producción cultural en el NO del Conurbano Bonaerense, era insoslayable el proceso de politización que asumió la comunidad de la región, tras la “recuperación” de la democracia.

Aprendimos y enseñamos a nuestrxs estudiantes que ese transcurso tuvo “hitos” que le dieron sentido y consolidaron a los grupos emergentes, configurando una historia en común que sigue en movimiento: el Congreso Regional de la Cultura, la Caravana cultural de los barrios, el Movimiento chicos del pueblo, Enraizadas en la lucha, el FRENAPO (Frente Nacional contra la Pobreza), el Movimiento por la carta popular, el colectivo latinoamericano Cultura Viva Comunitaria, la Campaña del Buen Trato, #NiUnaMenos...

Ahora bien, tanto las reuniones con los referentes barriales, la realización de las entrevistas, el rediseño de la encuesta original, la sistematización de datos, el contacto con otras instituciones (desde el Observatorio del Conurbano anclado en la Universidad Nacional de General Sarmiento hasta el

programa Puntos de Cultura desarrollado por el ex Ministerio de Cultura de la Nación, entre otros) y, finalmente, la preparación de informes, nos sirvieron para constatar algunos presupuestos: en primer lugar, que “por encima del marco teórico que elegimos, el territorio, la *localía*, resulta una dimensión central para pensar las transformaciones contemporáneas desde nuestra experiencia universitaria”.¹ Una vez más, el carácter de la experiencia que salimos a “medir”, requirió que saltáramos del mapa a la cartografía, de la teoría a la práctica, del gabinete a las calles de tierra.



En segundo lugar, “si la experiencia universitaria puede repensarse como punto de encuentro entre voces antes no legitimadas por los “claustros” y una memoria social construida “desde el barro” (encuentro para el que no había formas acordes con la matriz disciplinar), lo que se arma puede ser potente, en la medida en que logre conmover la idea misma del “galpón”, pero también de “negocio”, propia del lugar en que el neoliberalismo ubica a las instituciones educativas”.²

En tercer lugar, la reformulación del marco teórico a partir de la experiencia recorrida en los dos años de investigaciones nos lleva a interpelar el entorno y las matrices teóricas actualmente vigentes en la UNPAZ, que resultan insuficientes para el campo de la crítica cultural en cualquiera de sus formas.

Final abierto

Si la cartografía cultural expone un tejido de intervenciones históricas (transgénero y transgeneracionales) que impugnó la lógica de mercado para constituirse como expresión popular, en movimiento, de una comunidad empoderada, ¿cómo hacemos ingresar esa experiencia, esos saberes, esos cuerpos, en el contexto de la investigación académica convencional?

¿Cómo hacer jugar lo comunitario, lo popular, en un sistema/esquema que reivindica el nombre

¹ Farías, M. e Iribarren, M. (2018). “Escenas universitarias entre la cultura post alfa y el territorio”, trabajo expuesto en la primera edición de las Jornadas Democracia y desigualdades, UNPAZ.

² *Ídem.*

propio y la primera persona en singular como configuración única de la subjetividad del investigador calificado a partir del kilaje de certificados acumulados?

¿Cómo concebir/introducir nuevas categorías de análisis e investigación, en el marco de la convención académica, que se adecuen a las lógicas (dinámicas) de una trama cultural en constante movimiento y transformación, de informalidad premeditada y que, no obstante, demanda por parte de la universidad, un reconocimiento, una conversación y una intervención en común?

Además de ordenar y compaginar los materiales y documentos (encuestas, entrevistas, bases de datos, estadísticas, etcétera), en doble edición gráfica y audiovisual, el desafío mayor de la segunda parte de la investigación será, sin dudas, pensar e intervenir en la trama política y cultural desde el horizonte crítico que plantean estas preguntas. Pues profundizar la imbricación entre universidad y comunidad supone cuestionar el tradicional funcionamiento de la institución universitaria como franquicia destinada a legitimar jerarquías sociales, para transformarla en punto de condensación de la cultura viva, en un nudo de problemas que solo la cartografía, y no la geografía física, está en condiciones de asumir.

